

La literatura alemana moderna⁽¹⁾

El carácter de la literatura alemana. — El origen del idioma y del estado alemanes. — El origen del historicismo actual. — El folklore alemán precristiano. — Las epopeyas cristianas de la literatura antigua alemana. — La edad media, la epopeya y la poesía lírica caballerescas y la epopeya folklórica. — El renacimiento y la novela «picaresca». — Las grandes corrientes del siglo XIX.

El carácter de la literatura y poesía alemanas ha sido definido en forma insuperable por uno de los primeros observadores extranjeros que se ha ocupado de ellas. El célebre escritor romano Tácito dijo por el año 100: «Las poesías son los únicos anales y

(1) Es notorio que el Dr. Alberto Haas, autor del presente estudio, desarrolla actualmente en nuestra Facultad, con éxito y resultados manifiestos, un curso libre acerca de la literatura alemana moderna. La conferencia inicial introductoria a ese curso forma una parte del ensayo que hoy publicamos en *Verbum*. El profesor Haas ha tenido gentileza de ensanchar y completar su exposición hasta ofrecer a nuestra revista un panorama muy comprensivo y noticioso de la literatura de su patria.

Sin poder entrar, por ahora, en una exposición detallada de ese notable curso que el profesor Haas efectúa bajo los buenos auspicios de la Institución cultural argentinogermánica, debemos dejar constancia del agrado con que incluimos en estas páginas un trabajo llamado a ser, por la riqueza de sus apreciaciones históricas y lo novedoso de sus juicios críticos, de la mayor utilidad para quienes en nuestra casa ejercitan, entre otras plausibles preocupaciones, la de conocer más y mejor las letras alemanas.

documentos públicos que poseen los alemanes. » Y agregó : « En sus poesías relatan sus ideas sobre religión y la gesta del pueblo, personificada en los mitos biográficos de sus prohombres. »

Desde el tiempo en el cual estas líneas fueron escritas han pasado más de mil ochocientos años. La poesía alemana, entre tanto, ha perdido su carácter puramente folklórico. La religión pagana ha sido substituida por el cristianismo, y el mito biográfico por la historia científica y metódica. Junto con el cristianismo los alemanes han adoptado el dogma de la civilización europea, de origen grecorromano. Pero, a pesar de estas hondas transformaciones, la literatura y poesía alemanas han conservado su carácter esencialmente popular. Hoy como entonces siguen siendo la exteriorización directa o integral de la vida y la gesta espirituales de la nación. Por cierto, esta vida espiritual ha sido purificada por los altos ideales de la vida cristiana y por la distinción intelectual de una tradición erudita, basada en los documentos de la antigua civilización griega, la que fué creada por esta admirable nación que, según dijo Goethe, « entre todas las razas del mundo ha soñado en la forma más acabadamente hermosa el sueño de la vida ». Pero aun hoy la literatura alemana tiene un carácter esencialmente colectivo y popular. Da forma artística a los postulados del pueblo, se dirige al pueblo y no a un gremio de eruditos y, hasta en su técnica, ha adoptado las formas esenciales del folklore.

El mismo nombre de la raza y de su idioma da fe de este hecho. En realidad, la voz « alemán », usada en español, designa únicamente a los habitantes del sudoeste de Alemania, los « *Allemanen* », como se llaman aún hoy, mientras el nombre que la raza misma se ha dado, « *deutsch* », significa « del pueblo » o « popular ». Esta voz « *deutsch* », la encontramos ya en el primer período conscientemente literario de la literatura alemana, así como, por ejemplo, en el libro de actas del convento de Lorsch, en el año 786; y en un célebre decreto de Carlomagno, fechado en el año 803, se insiste en la necesidad de predicar el evangelio en la « *diutisca lingua* ».

El idioma popular alemán no ha sido creado o impuesto a la nación por los representantes eruditos de las instituciones reinantes, así como ha sido el caso en la mayoría de los países que forman parte de la gran comunidad europea o, como se tiene que decir hoy, europeo-americano-australiana. Al contrario, en Alemania las instituciones públicas han sido el producto de una entidad nacional anterior, basada en el idioma y, por ende, en la literatura. Cuando los alemanes hicieron su primera aparición en la historia, es decir, hace unos dos mil años, ya formaban una unidad espiritual basada exclusivamente en la posesión de un idioma común. Ocupaban entonces el mismo territorio que hoy y hablaban una lengua de la cual el alemán contemporáneo descende en línea directa. Mucho más tarde, en 843, el estado alemán fué establecido, reuniendo como entidad institucional a una estirpe formada por una comunidad del idioma, entonces ya secular o probablemente milenar.

De este modo, el estado alemán, desde un principio, tuvo que reconocer la preexistencia de la unidad espiritual de la estirpe y su carácter esencialmente lingüístico. La tradición literaria, o como folklore o como literatura propiamente dicha, recibió de este modo su sanción institucional por el estado. Pero era el hecho primario del cual proceden todas las instituciones públicas como hechos de rango secundario. El idioma y la literatura habían sido la causa de la vida institucional alemana, la cual, antes de establecerse, había sido objeto de discusiones generales de carácter forzosamente popular o ideológico. Además, este estado alemán, desde un principio, se halló en la obligación de respetar las tradiciones populares y su expresión en los diferentes dialectos regionales, de modo que tuvo que adoptar la forma correspondiente del federalismo.

Por todas estas razones las letras, en la vida alemana, siempre han sido arma de combate y de discusión popular pública. Siempre se han puesto al servicio de los grandes movimientos populares y han sido la materialización artística de los anhelos y las aspiraciones que conmovieron el alma popular. La conversión de

los antiguos alemanes al cristianismo sólo era posible por la prédica del evangelio en la « diutisca lingua » y por las grandes epopeyas populares en las cuales los cantores del pueblo celebraron la gesta del Salvador. La civilización grecorromana sólo ha podido llegar a formar el fundamento de la vida intelectual alemana, porque, desde muy temprano, los poetas expusieron en sus versos, escritos en la lengua del pueblo, la historia antigua al mismo paso con la historia sagrada, así como lo hicieron los autores de la canción de Alejandro Magno o de la « Enoit » en la Edad media. De este modo los elementos básicos del cristianismo y de la civilización grecorromana fueron amalgamados con los recuerdos de los antiguos mitos y los de los primeros tiempos de la historia nacional. Así, por ejemplo, la raza de los nibelungos, los incidentes de la lucha secular que los alemanes tuvieron que sostener contra los Hunos y, por fin, la ideología cristiana formaron, en el medievo, un conjunto orgánico conservado por la literatura tanto folklórica como literaria. Y en la actualidad, en nuestra época caótica de luchas económicas, espirituales y nacionales, todos los problemas, provenientes de los antagonismos partidarios, siguen hallando su expresión inmediata en la literatura.

Resulta de esta situación especial que la literatura alemana y su historia no se pueden comprender sin un conocimiento de la vida espiritual e institucional alemana. La tarea de relatar la historia de una literatura a un público extranjero, que ya en sí misma es bastante difícil, se complica, con este motivo, en alto grado cuando se trata de la alemana. Para cumplir con ella es necesario demostrar hechos históricos que son familiares al público alemán, pero que, evidentemente, son desconocidos en el extranjero. Surge el peligro de que el historiador se pierda en interminables enumeraciones de acontecimientos o en confusas descripciones de situaciones ya liquidadas. Y sólo se puede evitar este peligro, limitando la exposición histórica a las grandes líneas de la evolución colectiva y a la actuación de las personalidades literarias verdaderamente dinámicas.

Al mismo tiempo, el historiador se ve en la obligación de men-

cionar e interpretar con igual serenidad y prolijidad todas las grandes corrientes espirituales que se han manifestado en la evolución europea a la cual pertenece, como elemento integral, la literatura alemana. En los tiempos antiguos tiene que indicar los elementos paganos, entonces en pugna contra la fe cristiana. En la edad media tiene que explicar el origen a la vez cristiano, caballeresco y mitológico de los conceptos literarios. En la edad moderna, tiene que referirse a las ideologías de nacionalismo, cosmopolitismo, socialismo, liberalismo, cristianismo y panteísmo que constituyen la esencia de las grandes discusiones contemporáneas. Todas estas ideas, expuestas por los autores literarios alemanes, con la entereza de una literatura de vanguardia, han de ser demostradas con la misma exactitud y con esta veracidad que es el más alto deber del historiador. Evidentemente, la interpretación de estas doctrinas contradictorias, no significa que el historiador se identifique con ellas. Tampoco los lectores tendrán la misma simpatía a todo cuanto ha sido enunciado por los portavoces de la gran contienda espiritual. Cada una de estas doctrinas tendrá sus adversarios y sus partidarios, ambos igualmente convencidos. Sin embargo, la historia no puede ser ni partidaria ni inexacta ni incompleta. Ha de ser verídica, serenamente imparcial y ha de mantenerse a la altura del espíritu científico y desinteresado que siempre ha caracterizado las discusiones e investigaciones intelectuales.

La literatura alemana moderna, incluso la contemporánea, debe su origen y carácter al movimiento espiritual que fué iniciado entre los años 1760 y 1770 por la juventud alemana y que ha sido calificado por su protagonista, Goethe, de «revolución literaria». Caracterizando el movimiento de 1770 de este modo, Goethe quiso decir que sus manifestaciones han sido puramente literarias, pero no quiso decir que hubiese tenido fines exclusivamente literarios. Al contrario, el movimiento de 1770, a pesar de su forma puramente literaria, era, en cuanto a sus conceptos fundamentales y sus finalidades ulteriores, de trascendencia fran-

camente universal. Estos jóvenes, en medio de su delirio creador y sus ilusiones utópicas, pretendían lo que hoy llamaríamos una revisión total de todos los valores tradicionales y convencionales. Su ambición era, por cierto, la reforma de las letras, la estética y las artes. Pero, además, aspiraban a una reforma incondicional del traje habitual, de las costumbres de la vida diaria, y, con intensidad igual, de todos los conceptos sobre la historia, la civilización, la religión, la vida económica y política e institucional bajo todos sus aspectos. Proclamaron un programa universal, enciclopédico de reformas. Preconizaban el ideal de una renovación completa de la vida. En fin, eran implacables enemigos de todas las tradiciones, instituciones y rutinas, entonces existentes. Echaron así las bases de una nueva ideología y sensibilidad complejas, dejando a las generaciones posteriores la tarea de desarrollar y definir sus conceptos fundamentales, expresados muchas veces en forma sumaria, alusiva, fragmentaria o embrionaria. La generación de 1770, después de una brillantísima actuación, se desbandó pronto. Le siguió inmediatamente una nueva generación, generalmente llamada la primera escuela romántica por los historiadores de la literatura alemana, para continuar la obra en el punto exacto en el cual sus antecesores la habían abandonado. Lo mismo hizo, pocos años después, la llamada segunda escuela romántica, y lo mismo hicieron las generaciones siguientes que actuaron en el transcurso del siglo XIX. Y aun los movimientos contemporáneos, como el naturalismo de 1890 o el expresionismo actual, no han sido sino la continuación de esta gran evolución, inaugurada por la generación de 1770.

El movimiento de 1770 ponía la forma literaria a la disposición de la evolución nacional en todas sus dependencias. Se basaba, no en un concepto puramente estético, sino en una aspiración sociológico-moralista. Los protagonistas de este movimiento no eran literatos en el sentido de la fórmula del arte por el arte. Eran propagandistas militantes que, por razones especiales del momento, se sentían obligados a adoptar la forma literaria, para los fines de una prédica de intelectualismo social, confiriendo a esta forma una

trascendencia singular y transformándola de modo que correspondiese tanto a las necesidades estéticas como a sus aspiraciones científicas, económicas, religiosas y políticas. No quisieron crear una literatura como por ejemplo las de « la ciudad y corte » de Madrid o París, eruditas o destinadas a la glorificación de una situación institucional hecha y triunfante. Siguiendo la antigua tradición de la literatura alemana, reivindicaron para las letras el privilegio de la iniciativa en la evolución del institucionalismo. Y lo conquistaron o reconquistaron con tanto éxito que, hasta el día de hoy, la literatura ha sido y sigue siendo una de las fuerzas determinantes en el desarrollo de los hechos históricos y la evolución nacional.

Los miembros del movimiento de 1770 igual como los de las llamadas escuelas románticas, se daban cuenta de que su « revolución » no era, en realidad, sino el restablecimiento de la antigua tradición, interrumpida por el seudoclasicismo. Investigaban, a la vez, las causas a las cuales se debían la decadencia y degeneración modernas, es decir, de su época, y el verdadero significado de la civilización antigua. Substituían el absolutismo doctrinario del seudoclasicismo por el dogma de la evolución histórica. Comprendían y admiraban la civilización griega como una de las más perfectas manifestaciones dentro de esta evolución europea. Pero la interpretaban en forma nueva, con el espíritu relativista del evolucionismo y, basándose en este concepto, volvían a descubrir la historia europea y la alemana. Descubrieron, especialmente, la literatura alemana de las grandes épocas anteriores. Hallaron, en sus investigaciones, primero, la época del Renacimiento, en la cual descubrieron la poesía candorosa de los maestros cantores y, algo más tarde, las grandes novelas « picarescas ». Después se enteraron sucesivamente de los grandes monumentos, producidos por la literatura y las artes alemanas de la Edad media: las catedrales y los ayuntamientos de estilo gótico, las epopeyas folklóricas como la de los Nibelungos, las epopeyas caballerescas como Parsifal y Tristán. Pocos lustros más tarde, la edad antigua alemana fué descubierta, con sus catedrales de estilo bizantino y sus palacios de estilo

románico, con su importantísima prosa científica alemana y sus grandes epopeyas cristianas. Finalmente, las investigaciones llegaron hasta la edad folklórica precristiana y descubrieron sus cantos líricos dirigidos como fórmulas de hechizo a los dioses y los escasos restos del «romancero» heroico de estos tiempos. Reanudaron, de este modo, la tradición más que milenaria de la stirpe y renovaron su espíritu, materializado en la producción literaria o folklórica de unos doce siglos.

Del folklore alemán precristiano sólo existen escasos restos genuinos. Probablemente, esta poesía pagana, prehistórica en el mismo sentido como la de Homero, ha sido recopilada en una forma completa a principios de la era cristiana alemana. La tradición atribuye esta iniciativa al gran emperador Carlomagno. Pero el romancero y cancionero folklórico, entonces recopilados, han sido intencionalmente destruidos, por razones fáciles de comprender cuando se tomán en cuenta las necesidades espirituales que se producían en el seno de una nación recién convertida al cristianismo. Lo poco que poseemos lo debemos a algunos frailes desconocidos que, clandestinamente, han apuntado coplas y romances que, a pesar de ser prohibidos, eran objeto de su cariño. Sin embargo, bastan para conocer el carácter de esta poesía primitiva; y hasta se hallan entre estos fragmentos algunas poesías de alto valor estético.

En cuanto a las coplas líricas, contienen en su mayoría fórmulas paganas de hechizo en las cuales se mencionan a los dioses como Wodan o a las Walkirias. Generalmente son breves y empiezan por unas pocas líneas de carácter épico. Relatan un episodio anecdótico de la vida de los dioses y agregan la fórmula de hechizo empleada en esta oportunidad por ellos. De mucho mayor extensión y de muy alto valor estético es un romance antiguo folklórico, conservado en esta forma, la llamada *Canción de Hildebrando* (*Hildebrandslied*).

Es un fragmento épico del cual faltan sólo los versos finales. Relata con vivacidad dramática y con mucho vigor el combate entre Hildebrando y su hijo Hadubrando. Hildebrando es un guerrero

alemán quien, hace varios lustros, ha sido entregado junto con otros como rehén a los enemigos seculares de su raza, los Hunos. Llegado a la edad madura, Hildebrando obtiene el permiso de regresar a la patria lejana en la cual ha tenido que abandonar a la esposa y su hijito. En la gran carretera encuentra a un joven guerrero alemán que lleva, en su escudo, el blasón de la familia. Adivina que ha de ser su propio hijo, Hadubrando. Quiere darle el abrazo paternal y le ofrece regalos amistosos, pero Hadubrando sólo comprende que se halla frente a un hombre vestido y armado a la usanza de los Hunos. Convencido de que su padre ha fallecido en el destierro, contesta con palabras de odio y provocación. Dice: «Con la lanza voy a recibir los regalos que me prometes, punta contra punta. Eres un viejo Huno, inmensamente astuto; quieres engañarme con tus palabras; quieres echar tu lanza contra mí; eres un viejo lleno de las peores picardías.» Por fin, Hildebrando ha de aceptar el reto de quien sabe que es su propio hijo; y empieza la pelea. El romance que principia con el relato del encuentro, se interrumpe en este punto, después de haber mencionado, en forma indirecta, la historia anterior de ambos personajes. Por otros fragmentos de poesías, conservados algo más tarde, sabemos que el padre, para defender su vida y su honra, ha de matar al hijo.

Este romance es de carácter puramente folklórico, es decir, que no tiene la forma literaria que los recopiladores eruditos solían dar a los poemas que recogían de la tradición oral, y que, ordinariamente, combinaban con otros para formar epopeyas de mayor aliento. Pertenecce, de este modo, a un período en el cual la idea moderna de la literatura aun no existía. Es el relato de un incidente aislado y, en cuanto a su técnica, desconoce la prolijidad con la cual los poetas épicos o los recopiladores posteriores suelen narrar los acontecimientos. El romance relata únicamente el encuentro de los dos guerreros, su diálogo violento y la lucha, mencionando los acontecimientos anteriores sólo en forma indirecta y casual.

La forma folklórica del poema épico ha sido conservada, hasta cierto punto, por el mayor poeta de la primera época de floreci-

miento literario propiamente dicho que coincide con la conversión de los alemanes al cristianismo y la fundación del estado en 843. Es el período de la literatura antigua alemana y sus poemas están escritos en lo que los filólogos llaman el antiguo alemán. Las dos obras poéticas sobresalientes de esta época son dos grandes epopeyas que relatan ambas la vida de Jesucristo. De ellas, la una, « *Der Christ* » (*El Cristo*), es la obra de un fraile erudito que se llamaba Otfrid y que era en el año de 861 rector de la escuela del convento de Weissenburg, en Alsacia. Su poema, importantísimo por las innovaciones métricas y técnicas, tiene un interés literario inferior a la epopeya *El Salvador* (*Heliand*) escrita en estilo popular hacia el año 830 por un autor de nombre desconocido. Sólo sabemos que el mismo poeta también escribió un poema sobre el antiguo testamento del cual poseemos unos pocos fragmentos aún discutidos.

El autor de esta epopeya se sirve de la vieja técnica, tal como se halla en la *Canción de Hildebrando*. No emplea la rima, sino la aliteración. Se sirve de la antigua terminología épica y de sus fórmulas rígidas. No presenta un relato continuo y prolijo, sino una larga serie de breves romances. Pero, sobre todo, es un verdadero poeta y tiene el sentimiento instintivo de la belleza tanto en su lenguaje como en su profunda ideología. Para él, el problema era comprender e interpretar el significado de una nueva religión en la cual el instinto guerrero heroico ha sido substituído por el amor al prójimo. Lo resuelve atribuyendo al *Salvador* una personalidad esencialmente heroica. Es el hijo predilecto de Dios, del más poderoso entre los reyes, poseedor de fuerzas ilimitadas que le han sido conferidas por el padre. Vive en un mundo que es cristiano, pero no tanto en una *civitas Dei* según el derecho canónico romano, sino en una comunidad según el antiguo derecho alemán consuetudinario. Igual a la costumbre de los capitanes precristianos alemanes, reúne a su rededor un grupo de paladines o discípulos a quienes enseña el verdadero significado del heroísmo que es de índole moral. Les explica que, para El, sería empresa más fácil resistirse a sus adversarios romanos y judíos.

Pero esto no es su misión. No aspira al gobierno político militar de las gentes y lo considera como propio de un concepto vulgar. Busca, a la vez, el dominio sobre las almas y sobre sí mismo. Encuentra que la renuncia a los bienes exteriores y el sacrificio de su vida son una forma infinitamente más alta de heroísmo, conforme con la misión que le encargó el dueño omnímodo del universo. El poeta, hijo de una raza impulsiva, vigorosa y arrogante, establece un ideal de fuerza heroica moral, interpretando el cristianismo como la fe en la superioridad del alma y del poderío espiritual. Se dirige al orgullo y la energía desbordantes de su público, para enseñarle la exaltación por la humildad y el heroísmo de la abnegación. Y lo hace en un lenguaje formado a la escuela de la poesía popular heroica, con los mismos términos y versos con los cuales los cantores paganos habían relatado las proezas de los navegantes y jinetes que conquistaban reinos y saqueaban ciudades florecientes.

1100 *1000* Al lado de una producción poética bastante extensa, esta primera época de florecimiento literario ha dado origen también a una importantísima literatura científica en prosa alemana. Los centros de estas actividades eran la academia formada por Carlomagno en Aachon (Aquisgrán) y, en grado aun mayor, los claustros conventuales, especialmente los de Fulda y Sankt Gallen. Entre los frailes benedictinos, autores de prosa científica alemana, se destaca en forma singular Notker Teutonicus, nacido en 950 y muerto el 29 de junio de 1022, a quien debemos, además de varias traducciones de importantes obras latinas, un tratado original sobre lógica en alemán y un diccionario o glosario latino-alemán. *Los claustrales*

Desde el siglo XI, la vida económico-política europea, y con ella la alemana, se transforma paulatinamente, trasladándose el centro de gravedad institucional y espiritual de los claustros a los castillos de la naciente nobleza feudal. El movimiento llega a su apogeo en los siglos XII y XIII, y simultáneamente se produce una nueva época de florecimiento, la segunda, en la historia de la literatura alemana.

Esta literatura ya no está más escrita en el alemán antiguo, sino en un idioma transformado de tal modo que, por cierto, habría sido incomprensible para los contemporáneos de Carlomagno, así como el idioma medieval alemán no es comprensible para los contemporáneos de hoy.

Durante la Edad media hay que distinguir, en la literatura alemana, dos movimientos esencialmente diferentes. El uno es de carácter mundano y erudito. Su público lo forman las capas sociales superiores, los caballeros y el clero. El otro, de temperamento folklórico, ha sido apreciado tanto por el pueblo como por la gente ilustrada.

En la literatura caballeresca las epopeyas ocupan un sitio singular. Su tema preferido son los episodios de la historia antigua y las leyendas de procedencia española o bretona del Gral y de Artus, transmitidas a la colectividad europea por los *trouvères* de la Isla de Francia. Entre estas obras se destacan, en la literatura alemana, *Parsifal*, de Wolfram von Eschenbach, himno místico dedicado a las glorias de la fe cristiana y la eucaristía, y *Tristan und Isolde*, de Gottfried von Strassburg, apología ardiente de la sensualidad desenfadada. Estas epopeyas pueden ser definidas como novelas de caballería en versos rimados, escritas por gente de la sociedad para un público distinguido. De origen extranjero es también la poesía lírica de los ambientes caballerescos, en la cual predomina la influencia de los *trovadores* de la Provenza. Sin embargo, la poesía lírica caballeresca alemana conserva en alto grado la tradición del país. De este modo ha producido, desde un principio, obras de mayor originalidad; y en su evolución posterior varias individualidades de poetas líricos han surgido de la clase caballeresca. Entre ellas sobresale Walter von der Vogelweide, formidable personalidad literaria, también en el sentido que atribuímos hoy a esta palabra, con sus poemas de amor, a veces poco convencionales, con sus canciones religiosas como las de la cruzada en la cual ha tomado parte, y, especialmente, con sus coplas políticas violentísimas. Es un poeta individual porque no canta sino lo que ha visto y sentido personalmente y porque

prescinde de las fórmulas convencionales de sus contemporáneos.

Walter von der Vogelweide había nacido entre 1165 y 1168 y murió probablemente en 1230. En esta época, la vida política alemana estaba ocupada por dos problemas: el de la unión nacional y disciplina dentro del estado federal, y el de la lucha entre el papa y el emperador. Ya en siglos anteriores, el problema del estado laico o de la supremacía eclesiástica había tenido una importancia especial en Alemania, porque el rey alemán, elegido por los votos alemanes, tenía el derecho de hacerse coronar como emperador romano por el papa. Ya en 919, el rey Enrique I, después de su elección, rechazó la unción que le fué propuesta por el arzobispo Heriger de Maguncia, renunciando a la vez la corona imperial, por la razón de que consideraba la elección de un rey por los votos libres de la nación como asunto puramente civil. En los tiempos de Walter von der Vogelweide, el antagonismo entre el rey o emperador y el papa había llegado a la intensidad de una guerra civil y, además, se había complicado por problemas de política federal alemana. Walter von der Vogelweide militó en las filas del rey, es decir, era, en términos modernos, un poeta unitario y anticlerical. Y manifestó sus convicciones en versos a la vez hermosísimos y violentísimos.

De la poesía lírica y épica caballeresca se hallaba separada como por un abismo la poesía popular folklórica. De ella poseemos algo como una docena de grandes epopeyas y un gran número de coplas líricas. La obra más célebre del género épico es la llamada *Canción de los Nibelungos* (*Nibelungenlied*).

Por cierto, la forma en la cual estas epopeyas populares han sido conservadas, no es la folklórica, si usamos este término según el significado que le ha dado la crítica moderna. El folklore es una poesía exclusivamente oral, transmitida solamente por tradición oral. Poseemos del verdadero folklore sólo los trozos recopilados por los filólogos, según el método severo de la crítica científica moderna. Quizá la antigua *Canción de Hildebrando* puede ser considerada como una de estas recopilaciones exactas. En cuanto a las epopeyas folklóricas antiguas y medievales, han lle-

gado a nuestra edad en la forma que les fué dada por gente letrada en épocas que aun desconocían el concepto moderno de la propiedad y originalidad literarias. Estos recopiladores han recogido un cierto número de poemas épicos, relativamente breves, los han reunido en grupos que trataban varios aspectos del mismo tema y los han fundido en largas epopeyas escritas. Han conservado el ritmo, la técnica y hasta el alma del folklore en cuanto a los *romances* individuales que transcribieron. Pero, al fin y al cabo, han transformado las canciones originales, tales como los habían oído recitadas por los cantores o aedos profesionales — por el *Spilmann* de la Edad media alemana — « completando » estos romances primitivos con introducciones, transiciones y « correcciones » prolifas. De este modo se han formado las grandes epopeyas de Homero como recopilación unificada del folklore griego « prehistórico ». Y en la misma forma, las epopeyas alemanas folklóricas medievales no son productos del folklore genuino, sino adaptaciones de poemas épicos folklóricos, hechas por aficionados eruditos que tenían carácter de poeta.

La epopeya popular de los Nibelungos, aun en la forma que poseemos, ofrece un ejemplo interesantísimo de la manera cómo, por crecimiento vegetativo, en la vida espiritual de una raza, la tradición sigue creando estratificaciones sucesivas.

El poema es el producto de una amalgama de las ideologías y los relatos históricos de varios siglos que han sido acumulados del mismo modo como ocurre en el crecimiento de las formaciones geológicas, superponiendo capa sobre capa. El argumento de la epopeya parece un producto genuino de la imaginación poética, colocada en plena civilización medieval. Pero, examinado de este modo, el poema contiene contradicciones singulares, y, por decir así, grietas inexplicables para quien desconoce sus orígenes. Se vuelven comprensibles, en parte, cuando se toma en cuenta que el poema, además, contiene recuerdos de la exterminación de los Burgundos que, en el año de 437, habían sido aniquilados por los Hunos. El viejo cronista dijo sobre esta catástrofe las pocas y lúgubres palabras: « Los Hunos destruyeron al rey

Gundahari (Gunther) junto con su pueblo y toda su estirpe. Fueron masacrados por ellos veinte mil Burgundos. » Además, la persona de Criemhilda corresponde a la Hildico de la historia, joven alemana que se casó con el rey de los Hunos, Atila, para asesinarlo en la noche de su boda. Pero, analizando aún más detenidamente, se llega al conocimiento de que, además, intervienen en el poema recuerdos de la vieja mitología alemana pagana, así como la lucha entre Sigfried y el dragón. Se comprende entonces que el caballero feudal Sigfried, hijo del rey de Neerlandia, esposo de la hermana del rey de los Burgundos, y en esta forma cuñado de la reina de los Burgundos, Brunhilda, es, en el fondo, el hijo del dios Wodan que habría tenido que casarse con una Walkiria, Brunhilda. Pero bajo la influencia de un filtro ha preferido casarse con Criemhilda, traicionando a Brunhilda, provocando de este modo su muerte propia, la de la Walkiria Brunhilda y la de todos los dioses y héroes, para que estalle el incendio del universo y para que después venga el reino ideal del dios salvador Baldur. Y, aun detrás de esta narración mitológica, se hallan las viejisimas ideas religiosas con las cuales los primitivos habían simbolizado las fuerzas de la naturaleza: los rayos del sol primaveral que, personificados como un joven héroe, cortan con espadas de luz y calor, la coraza — en antiguo alemán Bruenne — de hielo en la cual quedó encerrada la tierra invernal.

Pero toda esta amalgama de nuevos y viejos conceptos, se mueve gallardamente en un ambiente abigarrado de altanería y gloria medievales, donde pasan las figuras venerables de los obispos, donde salen los caballeros magníficos, lanza en ristre, donde sonríen las pálidas damas de estirpe real y donde todo, el amor y la alegría, han de terminar en forma trágica con lágrimas y llantos, en medio de las llamas y la sangre vertida. »

Terminada la época de los caballeros, vino la de los comuneros como próxima etapa en la evolución europea. Sin embargo, si el movimiento de los municipios autónomos era común a todas las naciones europeas, tuvo en cada una de ellas un fin diferente. En Inglaterra sirvió para afianzar el parlamentarismo, extendiendo a

las comunas los derechos concedidos a los barones después de la batalla de Runymede. En Italia produjo el florecimiento magnífico de las repúblicas soberanas de Florencia, Venecia y otras. En España terminó con la derrota de los comuneros y la implantación de la monarquía absoluta moderna. En Alemania produjo primero el florecimiento de las letras y artes en varias ciudades como por ejemplo Nürenberg para, pronto, asumir el carácter de una contienda religiosa y para terminar en la horrible tragedia de una guerra civil de treinta años.

Entre los poetas alemanes de esta época, los llamados maestros cantores tienen una fama mundial que deben en gran parte al admirable poema dramático-musical de Richard Wagner. Sin embargo, por honrados, sinceros y estudiosos que hayan sido estos miembros de las corporaciones de zapateros, sastres, tejedores, etc., por importante que haya sido su influencia cultural y política, los grandes autores de la época no pertenecieron a sus gremios. Hay que buscarlos entre los portavoces de la inmensa contienda que, basada en el conflicto religioso, sacudió primero las almas y después la vida política alemanas.

Examinando estas obras desde un punto de vista exclusivamente literario, es decir, prescindiendo de idiosincrasias religiosas y políticas, hay que confesar que tanto en el bando católico como en el protestante, abundan los grandes talentos, todos esencialmente polémicos, pero que entre ellos sobresale como prosista Martín Lutero. Ha escrito un número relativamente corto de poesías, las unas místicas, otras propagandísticas que, en su mayoría, siguen viviendo hoy, aun fuera de los círculos religiosos o protestantes. Ha sido uno de los grandes oradores populares cuya palabra fascinante solía reunir en las plazas públicas y los campos abiertos millares y millares de personas apasionadas por su verbo.

Y, por fin, ha creado una nueva prosa alemana que, a pesar de haber sido instrumento de propaganda político-religiosa y a pesar de haber servido en sus principios sólo a uno de los bandos de la gran contienda, finalmente ha sido adoptada igualmente por

católicos y protestantes y hasta por los que no eran ni lo uno ni lo otro.

La violencia y el apasionamiento de la disputa político-religiosa eran tales que una solución pacífica del gran problema resultó imposible. Estalló una guerra civil, conocida como la Guerra de Treinta Años, en la cual han participado no sólo la mayoría de los estados federales alemanes, sino, también, las naciones vecinas. Durante treinta años consecutivos, las aldeas y los municipios alemanes fueron cercados, conquistados, saqueados e incendiados por tropas alemanas, suecas, danesas, francesas y de otras nacionalidades. Algunas ciudades importantes como Magdeburg fueron varias veces presa de las llamas. En pos de los ejércitos beligerantes se habían formado cuadrillas de ladrones y saqueadores profesionales que robaban, incendiaban y mataban sin distinción de fe o de credo político. En muchas partes del país, la población dejó de labrar los campos y se fugó al monte, donde las gentes vivían en forma precaria como hombres primitivos. Ciudades florecientes desaparecieron casi sin dejar huellas y sin que hayan sido reconstruidas más tarde. Todo lo que había existido como riqueza material, como cultura y como vida espiritual, pereció ahogado en el humo de los incendios y la sangre vertida, de modo que la guerra terminó sencillamente porque no hubo más guerreros ni objetos que hubiesen valido la pena de ser robados. Concluida la paz se cerró una noche profunda sobre el país. Casi parecía que la nación hubiese muerto y que en sus dominios reinase la paz del cementerio. Pero era el silencio de un profundo sueño, lleno de fuerzas recuperadoras. Y antes de que viniese esta época de interminable letargo, una vez más, un gran autor contó en una inmortal novela lo que había pasado.

Era Johann Christoffel von Grimmelshausen quien, en la novela *El aventurero Simplicísimo* (*Der abenteuerliche Simplicissimus*, 1669), relató con voz trémula, pero con una visión inexorablemente exacta, todas las crueldades, las cobardías y los anhelos de su época. En forma de una biografía « picaresca », describe la vida de una especie de Kaspar Hauser cuyo primer re-

cuerdo de niñez es una escena horrible en la cual la soldadesca desenfrenada saquea su casa paterna, la incendia, tortura a sus padres y roba el ganado. El chico huye al monte donde es recogido y educado por un ermitaño. Después de la muerte del anacoreta, el mozo vuelve a la vida de los hombres, es decir, se incorpora a varios ejércitos, primero como bufón que ha de divertir por sus ingenuidades a los comensales ebrios de un capitán, después como soldado y aventurero, para terminar sus días como ermitaño en una isla solitaria cerca de Madagascar. Se ha retirado del mundo, asqueado y horrorizado por sus brutalidades y, cuando un barco holandés atraca a su isla, no quiere abandonar su existencia de Robinson Crusoe. Les dice: «Aquí no tengo amigos que me quieran y me sirvan; pero tampoco tengo enemigos que me odien. Y ni los unos ni los otros me hacen falta porque ambos suelen inducir al pecado, de modo que yo aquí puedo servir mejor a Dios. He tenido en los principios de mi vida solitaria muchas tentaciones que me vinieron tanto de mí mismo como del infernal enemigo de la humanidad. Pero la gracia de Dios y las heridas del Salvador han sido mi refugio y de ellas he recibido ayuda, consuelo y salvación.»

La próxima época de florecimiento ha sido la de la literatura moderna o contemporánea. Nació en la segunda parte del siglo XVIII y debe su carácter al ya mencionado movimiento de 1770, inaugurado por el joven Goethe que, junto con sus compañeros, proclamó hacia este año un nuevo concepto de la vida y el arte, una ideología y sensibilidad nuevas.

El movimiento de 1770 había sido precedido y preparado por los grandes precursores Klopstock, Lessing y Herder. Klopstock había renovado la sensibilidad religiosa y el sentimiento nacional unitario alemán. Lessing había transformado las doctrinas estéticas de su época y había establecido un nuevo criterio en la historia de la literatura mundial. Había asignado al antiguo teatro griego, al siglo de oro español y al teatro de Shakespeare la importancia que, aun hoy, se les atribuye generalmente, y había formulado el dogma del teatro nacional de ideas, de combate y de actualidad

pública. Sus conceptos habían sido ampliados y completados por Herder que introdujo la nueva idea de la evolución histórica continua de la humanidad y una nueva comprensión del folklore en sus formas más importantes, el mito de carácter épico y el poema lírico sentimental.

Todos estos elementos habían sido amalgamados por la generación de 1770 que, basándose en ellos, procedió a una revisión radical de todos los valores entonces aceptados. Debido a la formidable personalidad de Goethe, el movimiento de 1770 adquirió una amplitud y fuerzas dinámicas tan extraordinarias que su influencia ha seguido dominando la evolución literaria alemana, desde este año hasta la más moderna actualidad. En el fondo, este movimiento es idéntico con las corrientes que generalmente han sido llamadas «el romanticismo». Pero en la historia de la literatura alemana esta designación ha sido reservada a dos «escuelas» que actuaron entre 1790 y 1830 y que, ellas mismas, se nombraron «románticas». Para no crear confusiones, la terminología usual ha sido respetada en la presente historia de la literatura moderna alemana en la cual, sin embargo, las clasificaciones históricas se han emancipado de las equivocaciones que, algunas veces, han sido la consecuencia de estas circunstancias relativamente fortuitas.

En realidad, la generación de 1770 no había creado un dogma, sino que había planteado una infinidad de nuevos problemas. Había provocado una fermentación universal y había impuesto a las generaciones que le sucedieron, la tarea de desarrollar estos problemas, enunciados en forma embrionaria, de buscar sus soluciones y de darles el carácter de un conjunto orgánico. De este hecho nació un movimiento literario de matiz ideológico que produjo un gran número de obras poéticas sublimes, pero que siempre, en grado ora mayor ora menor, ha observado un carácter de experimento. Los primeros poetas ideológicos que se dedicaron a este labor, fueron Hölderlin y Novalis que, en forma programática, crearon las ideas del evolucionismo y del misticismo y las correspondientes formas de una poesía evolucionista, humanitaria, «laica» y de

una inspiración «simbolista», religiosa, «clerical». Kleist, el representante más insigne de la generación siguiente, desarrolló en su admirable obra de dramaturgo las sutilezas de una psicología agudísima con la cual interpretó los estados de ánimo y los caracteres anormales, dándoles una forma poética que ha anticipado los elementos esenciales del «expresionismo» contemporáneo. Entretanto, Jean Paul había creado el humorismo intransigente, a base de una ideología social doctrinaria y jacobina, y E. T. A. Hoffmann el humorismo, igualmente intransigente, estético o musical.

Mientras el desarrollo de las ideas de 1770 proseguía su curso, el protagonista del movimiento, Goethe, se había separado de sus compañeros y, secundado por Schiller, había creado una ideología original, de carácter sociológico y didáctico. Pero los contemporáneos de ambos poetas, sólo fueron influenciados por los aspectos puramente literarios de esta ideología. Nació una tradición puramente literaria, generalmente designada por los historiadores de la literatura alemana como «clásica» y que se extinguió hacia fines del siglo XIX. Solo ahora, en nuestros días, la verdadera personalidad del autor de *Fausto* empieza a ser apreciada en cuanto a su alto significado sociológico.

La evolución ideológica, iniciada por la generación de 1770 y continuada por Hölderlin, Novalis, Kleist, Jean Paul y Hoffmann, siguió su curso, como literatura de vanguardia, durante toda la primera parte del siglo XIX. Büchner desarrolló los conceptos del positivismo experimental y del verismo literario y Otto Ludwig amplió su alcance literario. Hebbel recogió la psicología de Kleist, la ensanchó por los conceptos sociológicos sobre la función folklórica del mito y llegó a una filosofía de la historia que expuso en su gigantesca obra de dramaturgo. Finalmente, Grillparzer, valiéndose de la técnica de la edad madura de Goethe, se hizo el representante dramático de una delicadísima psicología sociológica, dedicada con preferencia a la interpretación de los antagonismos, existentes entre clases sociales, razas y civilizaciones distintas.

Como todos estos poetas habían buscado, en primer lugar, la

solución de problemas ideológicos y como sus actuaciones, forzosamente, poseían el carácter de experimentos, sus obras, por admirables que fuesen, no habían podido imponerse a la apreciación popular. Pero esta literatura, esotérica y de vanguardia, formó los elementos ideológicos y poéticos de los cuales se valieron los autores del siglo XIX. Crearon obras de matiz exclusivamente poético que, por su perfección soberana y definitiva, conquistaron los aplausos universales de la nación y, en muchos casos, alta reputación mundial. Eran espíritus eclécticos, de escasa preocupación ideológica, pero de agudísima conciencia artística. Tal fué la actuación «los últimos románticos», como, por ejemplo, Ludwig Uhland o el poeta lírico Lenau. Pertenecen, especialmente, a este grupo de los grandes creadores de sublimes obras artísticas perfectas, Heinrich Heine, que dió su última forma al «*lied*», y Richard Wagner con su admirable «drama musical». Los novelistas y líricos que pueden clasificarse como autores de carácter regional y repercusión nacional, concluyen este período sintético y ecléctico de la literatura alemana. Son Gottfried Keller, Conrad Ferdinand Meyer, Ludwig Anzengruber, Adalbert Stifter, Theodor Woldsen Storm y Theodor Fontane. A su actuación literaria corresponden, en el dominio de la filosofía, los sistemas de Hegel y Schopenhauer y, en el de la política, la labor del gran restaurador de la unidad alemana, Bismarck.

La pujanza y la grandiosidad de sus creaciones fueron tales que, durante más de dos decenios casi abogaron la evolución ideológica. Era tan indiscutible su superioridad real, comparada con el valor siempre precario de las ideologías experimentales, que, hacia el año de 1880, predominó la sensación de que la evolución espiritual y literaria alemana hubiera sido terminada definitivamente. Pero pronto, los espíritus inquietos y críticos, frente a esta actitud arrogante y complacida, volvieron sus miradas hacia la gran tradición ideológica de los decenios anteriores. Friedrich Nietzsche, después de haber sido discípulo y amigo íntimo de Richard Wagner, se separó violentamente del maestro y recogió las ideas, expuestas más de medio siglo antes por Hölderlin, sobre el elemen-

to dionisiaco en la civilización helénica, sobre la evolución de la humanidad y sobre el dinamismo trascendental de los « héroes » y mártires. Poco después, el movimiento naturalista de 1890 popularizó la resistencia al situacionismo intelectual y reintrodujo en la vida espiritual alemana los elementos de fermentación y exaltación ideológica tradicionales. Considerado como movimiento literario, el naturalismo tuvo una actuación efímera, pero, por su crítica negativa, restableció, de un modo permanente, las antiguas tradiciones espirituales. Abrió el camino a la nueva poesía lírica, de matiz místico y católico en la obra de Rainer María Rilke, e imperiosamente helénica en la de Stefan George. Thomas Mann reanudó las tradiciones del humorismo, dándole las formas de una sensibilidad artística modernísima. Su hermano, Heinrich Mann, reconstruyó, con ruidosos martillazos, los fueros de la literatura política militante de vanguardia. El llamado expresionismo se inspiró en los problemas caóticos, planteados por algunos compañeros del joven Goethe, y en la psicología penetrante de Kleist. Y, en medio de esta ebullición apasionadamente intelectual, estalló la guerra.

En la hora actual, la literatura alemana dispone de un conocimiento, más íntimo que nunca, de los inmensos caudales, acumulados durante más de un siglo y medio, por una evolución ininterrumpida de ardor entusiasta. Las obras de los grandes pensadores y poetas que actuaron hace un siglo y que, entonces, apenas pudieron difundirse, han sido desenterradas y publicadas. La ideología y el arte literario, creados por Goethe en la última jornada de su larga y fecunda vida, por fin, empiezan a penetrar en la conciencia de la vanguardia intelectual alemana. Pero este inaudito enriquecimiento espiritual de la nación coincide con una época de estrechez económica, de odios políticos disolventes y de una falta general de estabilidad. El mundo civilizado, en nuestros días, atraviesa por un periodo de transición del cual nadie puede prever la terminación. La inquietud desorientada de la cual la humanidad entera padece en estos momentos, reviste, en el caso de Alemania, el carácter de una penuria angustiosa. Deprimida por

la indigencia, atormentada por las desilusiones, convulsionada por rencores frenéticos, la generación alemana que, en la actualidad, coopera en la evolución literaria, se agita febrilmente y busca soluciones para problemas que, probablemente, han de ser eliminados por el restablecimiento de una situación mundial estable y serena. Ofrece el aspecto caótico de una multiplicidad de tendencias heterogéneas y furiosamente contradictorias. Pero sigue produciendo obras que se mantienen a la altura de las tradiciones intelectuales y contribuyendo con sus ofrendas a la futura estabilización de la civilización mundial.

ALBERTO HAAS.